

LA IGLESIA EN LA ENSEÑANZA DE SAN PABLO

Se pretende proponer algunos elementos básicos de la comprensión que san Pablo tiene del misterio de la Iglesia, con el fin de que nosotros podamos valorar cada vez de mejor manera la grandeza y gracia de ser miembros de esta realidad querida por nuestro Dios.

1. ¿Desde cuándo se usa la palabra Iglesia en el cristianismo?

La palabra Iglesia proviene del término griego *Ekklḗsia*, el mismo que, en el cristianismo, aparece por primera vez de modo escrito, en la obra de san Pablo. En el inicio de la primera carta a los Tesalonicenses, primer escrito, del Nuevo Testamento, se lee: «**Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los Tesalonicenses, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo. A vosotros gracia y paz**» (1 Ts 1, 1). Luego, en otros escritos, san Pablo usará nuevamente el término Iglesia. Por ejemplo, dirigiéndose a la «**Iglesia de Laodicea**» (Col 4, 16); «**a la Iglesia de Dios que está en Corinto**» (1 Co 1, 2; también 2 Co 1, 1); a las iglesias de Galacia (Ga 1, 2).

2. ¿Cuál es el significado de la palabra Iglesia?

Conviene responder a esta pregunta con la enseñanza del Santo Padre Benedicto XVI, quien en su Catequesis del 15 de octubre de 2008 sobre la doctrina eclesiológica de san Pablo decía: «**Así vemos que el significado de la palabra "Iglesia" tiene muchas dimensiones: por una parte, indica las asambleas de Dios en determinados lugares (una ciudad, un país, una casa), pero significa también toda la Iglesia en su conjunto. Así vemos que "la Iglesia de Dios" no es sólo la suma de distintas Iglesias locales, sino que las diversas Iglesias locales son a su vez realización de la única Iglesia de Dios. Todas juntas son la "Iglesia de Dios", que precede a las distintas Iglesias locales, y que se expresa, se realiza en ellas**».

3. ¿Es la Iglesia, para san Pablo, una simple organización humana?

No. El misterio de la Iglesia no se puede expresar adecuadamente concibiendo la Iglesia como una mera asociación humana. El término *Ekklḗsia*, significa una asamblea convocada por otro. La Iglesia es la asamblea de los fieles convocada por Dios, es el Pueblo de Dios.

La Iglesia es de Dios, es templo y pueblo de Dios, como lo sugiere 2 Co 6, 16 b, donde leemos: «**Porque nosotros somos templo de Dios vivo, como dijo Dios: *Habitare en medio de ellos y caminaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo***».

Esto mismo lo sugiere san Pablo en 1 Co 10, 1-13; allí, partiendo de la historia de Israel, Pablo concluye que los cristianos vivimos en la plenitud de los tiempos anunciados y prefigurados en la historia de Israel, pues la Iglesia es el «**Israel de Dios**» (Ga 6, 16), el nuevo pueblo de Dios.

La Iglesia es el pueblo de Dios gracias a la acción de Jesucristo, así lo enseña la carta a Tito 2, 13-14: «**Aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se entregó por nosotros a fin de *rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo que fuese suyo, deseoso de bellas obras***».

4. ¿Y cuál es la relación de la Iglesia con Cristo?

La relación de la Iglesia con Cristo es estrechísima y puede considerarse desde diversos ángulos. Ante todo, podemos decir que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo del cual los cristianos somos miembros. Así, al advertir sobre el pecado de fornicación, que profana el cuerpo, san Pablo escribe a los corintios: «**¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta? ¡De ningún modo!**» (1 Co 6, 15).

Y en la carta a los Romanos leemos con claridad: «**Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo los unos para los otros, miembros**» (Rm 12, 4-5). Y a los corintios el Apóstol les dice: «**Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno a su modo**» (1 Co 12, 27). La Iglesia, entonces, es el cuerpo de Cristo.

5. ¿Qué se sigue de que la Iglesia sea cuerpo de Cristo?

Se siguen varias consecuencias. Por ejemplo, que la Iglesia depende de Cristo, no de voluntad humana alguna. Depende de Cristo que es su cabeza. «**Él es el gobernante, el dirigente, el responsable que guía a la comunidad cristiana como su líder y su Señor**», dijo el papa Benedicto en su catequesis del 14 de enero de 2009 refiriéndose a Col 1, 18: «**Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia**». Cristo es Cabeza de la Iglesia, la Iglesia no está nunca sola pues es dirigida por su Señor. Pero no sólo es Cabeza en cuanto manda o dirige, no es sólo una relación de subordinación la que la Iglesia tiene con Cristo. La relación de la Iglesia con Cristo, su Cabeza, es vital. De Cristo recibe la vida, no sólo el gobierno; él, como cabeza, forma y vivifica todos los miembros del cuerpo al que gobierna. Así podemos comprender lo que san Pablo enseña en Col 2, 19 invitando a «**mantenerse unido a la Cabeza, de la cual todo el cuerpo, por medio de juntas y ligamentos, recibe nutrición y cohesión, para realizar su crecimiento en Dios**». Es preciso, pues, estar conectados con Cristo, pues de Él viene la fuerza para actuar de modo recto.

Otra consecuencia de ser Cuerpo de Cristo es que la Iglesia adquiere no sólo una dimensión universal (eso es lo que significa católica, una de las notas de nuestra Iglesia) sino también cósmica. Así se puede ver en Col 1, 18. 24 y Ef 1, 23; 5, 23. Esto significa que la Iglesia no se encierra en sí misma, en el grupo de los cristianos, sino que ella es para el mundo, ella está llamada a ser presencia visible del Resucitado, y a través de ella se puede entrar en contacto con el Resucitado.

6. ¿Es correcto decir que la Iglesia es Esposa de Cristo?

Sí, es correcto. A ello nos invita san Pablo, cuando en la segunda carta a los corintios 11, 2-3 escribe: «**Celoso estoy de vosotros con celos de Dios, pues os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo. Pero temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes apartándose de la sinceridad con Cristo**» (2 Co 11, 2-3). Pablo quiere que su comunidad permanezca fiel a la doctrina de Cristo para que pueda ser presentada como virgen a ser desposada con Cristo. Y una idea análoga la encontramos en la carta a los Efesios cuando invita a los maridos a amar a sus mujeres como Cristo amó a la Iglesia, su Esposa. Allí leemos: «**Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada**» (Ef 5, 25-27). Por eso, es preciso que la Iglesia conserve su fidelidad a Jesucristo, como respuesta de amor a aquél que se entregó por ella, por todos los creyentes.

7. ¿Entonces Pablo ve en la Iglesia a Cristo viviente?

Sí. Así lo aprendió Pablo cuando «**vio**» a Cristo en el camino de Damasco. Los Hechos de los Apóstoles nos narran que en la vía de Damasco, Pablo oyó una voz que le decía: «**Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?**», y a la pregunta de Pablo por la identidad de quien aquello le decía, oye como respuesta: «**Yo soy Jesús, a quien tú persigues**» (Hch 9, 4.5). Desde entonces a Pablo le quedó claro que el Resucitado vive en el mundo a través de los suyos.

8. ¿Cuál es la relación de la Iglesia con el Espíritu Santo?

Cuando en la Carta a los Corintios, Pablo trata de la Iglesia como de un cuerpo en Cristo, afirma también: **«Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu»** (1 Co 12, 13). Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados y por el bautismo comenzamos a ser parte de la Iglesia, el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Él comunica fuerza y alegría a la predicación del Evangelio: **«Ya que os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con palabras sino también con poder y con el Espíritu Santo, con plena persuasión. Sabéis cómo nos portamos entre vosotros en atención a vosotros. Por vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, abrazando la palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones»** (1 Ts 1, 5-6). Él otorga la filiación divina que al mismo tiempo nos hace ser parte de la Iglesia (Gál 4, 6-7). Él es quien realiza, para lograr la salvación de los creyentes, la acción santificadora en ellos (2 Ts 2, 13).

Aprobado por el Señor Cardenal Arzobispo Primado
el 1 de mayo de 2009

Memoria de San José Obrero